

**Sierva de Dios Dominga (en el siglo Cristina María) Benito Rivas**  
**Religiosa Profesa de la Congregación de**  
**Hermanas Dominicas de la Anunciata**  
**(1900-1977)**

**BREVE SEMBLANZA**

El 13 de noviembre de 1977 fallecía en Madrid con fama de santa y entregada por completo a la divina voluntad como había vivido. Bien puede decirse de ella que se esforzó por *fructificar para la santidad, a fin de alcanzar la vida eterna* (Cf. Rm 6, 22).

Su lugar de nacimiento fue Pido, población integrada en el concejo de Espinama, diócesis entonces de León y hoy de Santander, en la región de Liébana, en plenos Picos de Europa. Nació el 16 de marzo de 1900, y sus padres le procuraron el bautismo al día siguiente; su padre falleció cuando ella contaba 9 años de edad; sus dos hermanos mayores —fueron diez en total— partieron muy pronto para la Isla de Cuba, para integrarse en el trabajo y ayudar a la familia. Creció en un clima intensamente cristiano, en la familia, parroquia y escuela. Recordaban, ya para la etapa de la infancia, que era seria y reservada y, a la vez, llena de dulzura, alegre, pronta al sacrificio y entregada a la oración; era apreciada y reconocían que presentaba rasgos propios de una niña santa.

Apreciando la cultura como medio para ser útil a la sociedad y al crecimiento del reino de Dios emprendió estudios de magisterio, primero en Santander y, después, en Oviedo, donde llevó ciertamente una vida entregada al estudio, aunque dando prioridad al cultivo del espíritu, en contacto con la parroquia de San Isidoro y la iglesia de Santo Domingo. En las vacaciones retornaba al pueblo natal para ayudar a los suyos en las tareas del campo; intensificaba la oración, con frecuencia en vigilia nocturna, y acompañada de ardua penitencia.

Obtuvo el título de Maestra de enseñanza primaria en la Escuela Normal de Oviedo al finalizar el curso 1919-1920. Por entonces, sin embargo, estaba decidida a entregar su vida al Señor por la profesión religiosa y, en concreto, tras las huellas de Santo Domingo de Guzmán, renovadas con intensidad en España

por el Beato Francisco Coll, O.P. (1812-1875). Conoció su Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata en Asturias, y pidió el ingreso en la misma en 1920.

Comenzó su noviciado el 5 de abril de 1921 en la Casa Madre de la Congregación, en Vic (Barcelona), y profesó al año siguiente. Algunas de sus formadoras habían vivido de cerca los años fundacionales del Instituto. Religiosa profesora y maestra de primera enseñanza, recibió destino en septiembre de 1922 para el Colegio de Campo de Criptana (Ciudad Real). Al año siguiente pasó a Madrid para imponerse en la pedagogía propia de las «Escuelas del Hogar», que las Dominicas de la Anunciata habían conocido en Bélgica y trasladaron a España; Asturias era un punto en que querían implantarlas.

En septiembre de 1924 recibió destino para la reciente fundación de Oviedo y allí encontrará óptimo cauce para sus grandes ideales apostólicos por medio de la educación de la infancia y juventud; le nombraron Directora del Colegio y del Internado. Se preocupaba del buen funcionamiento de todo, organizaba actos para el fomento de la vida cristiana, llegaba personalmente al alumnado, consolidando actitudes que han mantenido de por vida. Comprensiva, imparcial, solidaria, sacrificada, cumplidora del deber, alma de oración, equilibrada, accesible, sencilla, de pocas palabras pero elocuente en hechos, son aspectos que recuerdan hasta el día de hoy algunas de sus primeras alumnas. Se hacía ayudar de otras Hermanas y de Padres Dominicos del Colegio de Santo Domingo.

Sufrió y relató los horrores de la «Revolución de Octubre de 1934 en Asturias», especialmente porque se hallaban ya en el Centro las alumnas internas que tenía directamente confiadas. Fue bombardeado el edificio, e hicieron explotar un depósito de municiones situado en los entornos; tuvo la sensación que les «arrancaban el Colegio de cuajo»; sus moradoras estuvieron en peligro inminente de muerte y de malos tratos; observaban incendios en edificios religiosos y les atormentaban con noticias de muertes, entre otras de todos los Padres Dominicos de la ciudad de Oviedo. La Sierva de Dios luchó con valentía para salvar a las niñas que le habían encomendado.

Pasada la «Revolución de Octubre» el panorama se torno cada vez más oscuro a partir de las elecciones de febrero de 1936; las Dominicas de Oviedo se vieron obligadas a abandonar su hábito; para ella constituyó este hecho verdadero martirio y le arrancó lágrimas de dolor. Fue el único curso que sus alumnas no pudieron tener los ejercicios espirituales —comentaba en la *Crónica* de la Comunidad. Le parecían interminables las huelgas y se temía la clausura de Colegios religiosos. «¡Lo que el Señor quiera! Haga Él que todo sea para su gloria y nuestra santificación», anotaba la Sierva de Dios en la citada *Crónica* manuscrita al finalizar el curso 1935-1936. No pudieron tener tampoco las religiosas los ejercicios espirituales programados para el mes de julio, aunque el predicador, P. Alberto Colunga, O.P., gran cultivador de los estudios bíblicos, se había desplazado ya hacia Asturias desde su Convento de San Esteban de Salamanca.

En julio de 1936 tenían jóvenes Postulantes en la Comunidad; la ciudad de Oviedo fue sitiada y tuvieron que salir del Convento para buscar refugio en una casa que les prestaron. Sólo pudieron llevarse arroz; era lo único que durante largo tiempo comieron. Les confortaba de manera especial la presencia del Santísimo Sacramento, y se pasaban la mayor parte del día en oración. A primeros de noviembre de 1936 regresaron al Colegio; lo hallaron en pésimas condiciones y sin que ofreciera seguridad. En él buscaron, asimismo, alojamiento unos cincuenta soldados del lado nacional; más tarde sirvió de refugio a cerca de quinientas personas. La Sierva de Dios solía pasar las noches sentada en una silla y trataba de infundir serenidad a sus Hermanas y confianza en la Providencia. Una Postulante la recordaba serena y rezando muy frecuentemente el Rosario.

En tales circunstancias los Padres Dominicos ofrecieron su Colegio de Navelgas (Asturias) para las Postulantes y Novicias; gran parte de aquella Comunidad de religiosos había sufrido el martirio en la noche del 17 al 18 de agosto de 1936, y de estos testigos de la fe se espera pronta Beatificación. La Sierva de Dios fue nombrada Maestra de Novicias a comienzos de 1937. Aunque las condiciones eran de extrema pobreza, mostraba gran sensibilidad para ayudar a las formandas y, sobre todo, una gran caridad. «Para mí fue siempre una santa. Era un santa, siempre la consideré santa» —escribía una de ellas. «Nunca decía nada que no lo hiciera —aseguraba otra. Sus palabras iban acompañadas del ejemplo». Entendían que la motivación de sus actos estaba en el amor que tenía para con todas y «la presencia de Dios, en que siempre estaba».

En octubre de 1939, finalizada ya la contienda bélica, llegó a la Casa Madre de Vic con las Novicias de Asturias. Continuó su magisterio por espacio de seis años, en una casa que había sufrido graves deterioros y necesitaba reparación en todo. Centró, sin embargo, su atención en la renovación espiritual mediante una buena formación de las jóvenes que le confiaban. Las constantes de su carácter, que aparecían ya en la niñez y juventud, permanecían cada vez más transformadas por la acción de la gracia. Valoraba y apreciaba a las personas e impulsaba su crecimiento hacia las cumbres de la santidad. Siguió muy de cerca el sólido magisterio del Siervo de Dios Juan G. Arintero; dentro de su *escuela de espiritualidad*, particularmente centrada en el «amor misericordioso de Dios» y en el «llamamiento universal a la santidad», puede decirse que se mantuvo de por vida.

Se prodigó en el acompañamiento de sus Novicias por medio de clases, y, sobre todo, por una múltiple atención personal, de palabra y por escrito, en que brillaba en ocasiones una discreción de espíritus que le impulsaba a colocarse al lado de quien lo necesitaba de manera especial. Orientaba hacia la práctica de la virtud, sobre todo de la caridad, alma de toda dimensión virtuosa. Animaba de manera indefectible a que examinaran la jornada transcurrida en clave de correspondencia al amor de Dios. Proponía a Cristo como «Maestro de caridad», desde el misterio de la encarnación hasta su muerte y resurrección: vivir para Cristo con la obsesión divina de gastarse por Él, era meta que recordaba a diario. Son muy numerosos los testimonios que han quedado acerca de su eficaz labor como formadora. Inspiraba confianza, entre otras razones, porque era sabido que lo que predicaba lo hacía. Poseía gran libertad interior, despojada de todo respeto humano, buscaba lo mejor para servir a Dios y al prójimo, sabía tratar a cada uno

en sus necesidades, causaba admiración la presencia de Dios en que se mantenía, su oración perseverante, a veces añadiendo la penitencia en la adoración eucarística, tierna devoción a la Santísima Virgen, aprecio por el carisma de la vocación recibida; su porte y mirada eran de tal modo expresivos que «hablaba sin hablar» —recuerdan. Sus discípulas salían en general del Noviciado con gran confianza para seguir comunicando con ella.

Una etapa nueva le presentó la obediencia a partir del Capítulo general celebrado en julio de 1946: sería Secretaria general durante veinticuatro años (1946-1970). Esto suponía, entre otras cosas, mantener permanente disponibilidad para la «itinerancia». La Congregación tenía Comunidades en buena parte de España, en Francia, Suiza, Italia, varios países de América del Sur y del Centro, y se abrió también al Continente Africano. En los múltiples desplazamientos fue compañera fiel y solícita de dos Prioras generales. Discreta, inteligente, sacrificada y, sobre todo, con inmenso amor a las Hermanas y a las Obras que llevaban entre manos en orden a la gloria de Dios y promoción humana de tantas gentes, no perdía oportunidad para prestar apoyo y auxilio a las Superiores generales, sin suplantarles en sus competencias. Ellas se veían complementadas y deseaban que las Hermanas, tantas veces conocidas desde el Noviciado por la Sierva de Dios, hallaran modo de dialogar con su antigua Maestra.

De su puño y letra están redactadas, en términos generales, las «Notas de Visita» que dejaba la Priora general en los libros oficiales; probablemente, en buena medida, le correspondan también estos mensajes, que solían alentar para seguir trabajando por la propia santificación y educación del alumnado, sin hacer distinción de clases sociales, animaban a la guarda del silencio como medio para vivir más íntimamente la unión con Dios, a convertir las ocupaciones en oración continua, cumpliendo el precepto del Señor de *orar sin interrupción* (Lc 18, 1), a la devoción a María, y, de manera indefectible, se exhortaba a que suplicaran e invitaran a orar a la Santísima Trinidad para que pronto fuera Beatificado y Canonizado el Padre Francisco Coll, O.P. Celebrado el Concilio Vaticano II, se pedía el estudio de sus decretos y a la puesta en práctica de las orientaciones.

La Sierva de Dios prestó su valiosa colaboración para la formación de las Hermanas en tiempo de vacación estival, y también para preparar el Capítulo general especial que pedía el Concilio a las Órdenes y Congregaciones religiosas para redactar nuevas *Constituciones*. Una vez aprobadas, fue fidelísima cumplidora de las mismas, como lo había sido de las anteriores. Los últimos años de vida (1970-1977) ayudó en la Curia general como Vice Secretaria. La titular apreció su exquisita sensibilidad, y testimoniaba que se mantuvo en actitud silenciosa y en constante disponibilidad; llevaba el trabajo del Archivo con esmero, trabajaba infatigablemente; aunque sus fuerzas decaían se hallaba firme en el puesto; en todo momento manifestó posponer su bien personal al de la Congregación. Leía y releía los documentos del Vaticano II y se alegraba de saber que las Novicias y jóvenes Profesas profundizaban en los mismos.

A raíz de una caída por rotura de fémur en 1974 sus fuerzas físicas se fueron deteriorando a lo largo de tres años; le costaba tragar alimentos y fue haciéndosele cada vez más difícil la locución. Mantuvo, empero, clara su cabeza; seguía manifestando en la etapa final su humanidad y reciedumbre, interés por

todo, se esforzaba por intensificar la vida interior y de oración, si abandonar una costumbre de muchos años cuando se hallaba sola ante el Sagrario: la de rezar con los brazos en cruz, aunque ahora, por la debilidad, se le caían; la veían rezar casi diariamente el *Via Crucis* en la capilla. Participaba en las reuniones comunitarias aportando cuanto podía. No se quejaba del sufrimiento, sino que veía en él el cumplimiento de la voluntad de Dios. Presentía la muerte cercana y señalaba hacia el cielo, porque le costaba articular palabras; como pudo, pidió por escrito la Unción e los Enfermos y el Viático, y recibió ambos sacramentos en pleno dominio de su facultades, muy serena y rodeada de su querida Comunidad.

Horas antes de morir hizo todavía un supremo esfuerzo para rezar el oficio de Vísperas y hasta intentaba sostener el libro en las manos. Falleció a la una de la madrugada del 13 de noviembre de 1977, a los 77 años de edad y 57 de vida religiosa. Una Hermana que estuvo presente escribió para su Recordatorio impreso: «Estaba vacía de sí misma y llena de Dios. Vivía en Dios, con Dios y para Dios». En la *Crónica* de la Congregación consignaron: «Fue ejemplo de virtud y fidelidad hasta el último momento».

Las Hermanas de la Congregación que iban llegando a la capilla ardiente se arrodillaban ante el cadáver y manifestaban con frecuencia: «Ha muerto una santa», y pasaban rosarios y cruces por sus manos. Celebraron los funerales en la capilla de la Casa general; asistieron religiosas de diferentes Comunidades, familiares y personas conocidas. Recibió sepultura en el cementerio de la Almudena de Madrid y, en mayo de 1988, se trasladaron sus restos a la Sacramental de San Justo.

El notable historiador Dominicano, P. José María de Garganta, —que trató a la Sierva de Dios muy de cerca y hasta los últimos años— escribió, a raíz de la muerte, que su vida religiosa fue un verdadero rosario de fidelidades en la escuela dominicana del Beato Francisco Coll a quien tan fielmente amaba, y concluía: «¡Qué hermoso sería que el Instituto se preocupara desde ahora de recoger todo lo referente a la M. Benito, para que no se pierda su recuerdo, su lección viva, su testimonio». Por entonces se estaba preparando la beatificación del P. Francisco Coll y pareció oportuno iniciar todo con la recogida de testimonios, tarea que alentó la Priora general por medio de una circular a la Congregación (1980). La documentación recogida hasta ahora es extensa. Se ha publicado una sucinta semblanza en la revista de Salamanca «La Vida Sobrenatural», en 1989.

En 1993 el Consejo general de la Congregación de Hermanas Dominicanas de la Anunciata decidió constituirse en Actor de un eventual Proceso de Beatificación y Canonización. Pareció entonces oportuno comenzar por la elaboración de una biografía documentada, y en estos trabajos se está en la actualidad. En la Congregación y entre personas que trataron con ella o que han llegado a conocimiento de la misma se desea vivamente su Canonización.

Son muchas las personas que se encomiendan a su intercesión —aunque no se han hecho publicaciones ni propaganda al respecto— y le atribuyen haberles alcanzado favores y gracias de parte de Dios; entre ellas se hallan monjas contemplativas —una testimoniaba que se sintió restablecida por completo y con carácter duradero de enfermedad que le duraba dos años, y esto al terminar una

novena poniendo por intercesora a la Sierva de Dios. La presentan como intercesora ante el Señor en zonas geográficas muy extensas, tanto religiosas, especialmente de su Congregación, y también seglares, que a veces han comunicado por escrito gracias muy especiales.